

TATUADO

Cuando Natalia apareció muerta de un ataque al corazón, con tan solo veinte años, a todo el mundo le pareció muy extraño, porque desde luego no es nada habitual en una chica joven y sana que hasta entonces nunca había tenido problemas de salud. Pero como estaba en su casa, en su cama, y no había ningún rastro de agresión ni de presencia de extraños, nadie sospechó nada y ni siquiera se investigó más allá de su habitación. Tampoco nadie, ni siquiera tras la autopsia, pudo descubrir nada sobre al extraña enfermedad que había padecido los días anteriores.

Pero yo descubrí toda la verdad, la culpa de todo la tenía aquel maldito tatuaje.

Maldita la hora en que en aquella feria Natalia se fijó en aquel puesto apartado, casi aislado del resto, en una oscura callejuela. Desde el primer momento aquel tipo me dio muy mala espina. Era un asiático con los ojos muy grandes y muy oscuros, casi opacos, sin apenas brillo, que destacaban en una cara demacrada de nariz pequeña y labios finos. Su gesto era una rara mezcla entre la tristeza y el enfado y su cuerpo era pequeño y muy delgado, tanto que se le marcaban los huesos en las manos y sus brazos y piernas parecían tan frágiles como ramas secas. Alumbrado por la escasa luz de una triste bombilla, aquel tipo exponía un catálogo de dibujos muy poco originales e incluso mal trazados. Había dragones sin detalles y sin apenas expresión, calaveras muy simples y esquemáticas, dibujos tribales confusos y poco sugerentes, en fin nada fuera de lo común, pero lo que llamó la atención de Natalia, además del bajo precio, fueron las letras del alfabeto chino. Pensó que resultaría original tatuarse su propio nombre escrito con esos caracteres tan singulares y sinuosos. Y maldita la hora en que permitió que aquel tipo la tocara.

El proceso fue rápido porque, según la versión del chino, la traducción de su nombre consistía en una sola letra, ya que Natalia proviene de “natividad”, es decir, “nacimiento”, y ese fue el símbolo que le marcó en la piel. Yo bromeaba diciendo que le podía haber escrito cualquier cosa y ella nunca se enteraría, pero Natalia estaba tan contenta con su nuevo tatuaje que no le importaban las bromas.

Pero fue a partir de ahí cuando comenzaron todos sus males. Al día siguiente se levantó con mal cuerpo, con el estómago revuelto y sin apenas fuerzas, sintiéndose como si tuviera fiebre, pero sin tenerla, ya que el termómetro marcaba la temperatura normal. Lo achacó todo a la bebida y a la cena de la noche anterior, sin embargo al día siguiente su estado no mejoró. Apenas podía probar bocado sin luego tener ganas de vomitarlo y solo pudo alimentarse a base de suero, que al menos le dio algo de vitalidad para moverse por la casa, pero al poco rato volvía a sentirse cansada y decaída. Por eso cuando se reanudaron las clases y la actividad cotidiana tras las fiestas, ella tuvo que quedarse en casa. Yo me pasaba a visitarla por las tardes para dejarle mis apuntes y cada vez creía verla más desmejorada, pálida y delgada.

Un día, entre temblores que yo atribuía a su enfermedad, me confesó lo de las sombras. Según ella, por las mañanas, cuando se quedaba sola, creía oír ruidos por toda la casa, objetos moviéndose o cayéndose, puertas y ventanas abriéndose y cerrándose y extrañas ráfagas de viento breves y rápidas. A la vez le parecía ver sombras recorriendo el pasillo por delante de la puerta de su habitación, moviéndose tras las cortinas o recorriendo el techo. Intenté tranquilizarla diciéndole que solo podían ser imaginaciones suyas debido

a su enfermedad, pero yo misma me sentía inquieta al verla hablar tan convencida y asustada, y también porque parecía que su estado físico solo empeoraba.

- Hoy he visto a uno. – me confesó llena de pánico un día que nunca olvidaré – No se lo he contado a nadie, pero estoy segura de haberlo visto bien. Aunque ni yo misma sé si no será una alucinación. Tiene la cara pálida, totalmente blanca, y los ojos muy negros. Lleva una túnica blanca, y no tiene piernas ¡Flota en el aire! Es horrendo. Creí que me moría al verlo. ¡No quiero que estén aquí! ¡No quiero tenerlos cerca! Creo que no soportaría que uno de ellos se me acercase.

Asustada por esa descripción, la dejé en su cama, prometiéndola que buscaría una solución. Pero fue al día siguiente cuando Natalia amaneció muerta.

Como ya he contado, las investigaciones no encontraron nada fuera de lo común, aparte de lo poco común que es un ataque al corazón a esa edad y la extraña enfermedad que nadie supo diagnosticar correctamente. Pero eso fue porque no se fijaron en el tatuaje.

Aunque en un principio ni yo misma caí en esa casualidad hasta que, pasado un tiempo revelé el carrete de mi cámara de fotos y apareció, entre otras fotos de aquellas fiestas, una que le hice a Natalia mientras aquel tipo le daba los últimos retoques a aquel dibujo sobre su espalda. Solo entonces caí en la cuenta de que todo comenzó en ese mismo momento.

Siguiendo un oscuro presentimiento decidí averiguar lo que pudiese sobre ese tipo y ese símbolo. Hice una copia de aquella letra y se la enseñé a un comerciante chino de mi barrio, la única persona con quien tengo contacto que podía ayudarme a descifrarlo.

Nada más ver el dibujo puso cara de terror y me aconsejó que quemase el papel. Yo le pregunté porque, que cual era su significado. Él, en su mal español, solo me dijo que era algo muy malo e insistió que lo destruyera o que lo alejase de su tienda. Entonces vi que había dado en el clavo, y él tuvo que advertir mi determinación de no marcharme sin saber más, pero primero me preguntó porque quería saberlo y de donde había sacado ese símbolo. Cuando le conté que se lo habían tatuado a una amiga mía puso tal cara de sorpresa y terror que casi me arrepentí de haberle dicho la verdad.

- ¿Quién ha podido?¿Cómo? – decía aterrorizado – Es un símbolo maldito. Tu amiga tiene que quitárselo rápido.
- Mi amiga ha muerto. – le contesté.

Aquello también pareció impresionarle y me dijo que lo sentía mucho, aunque tuve la sensación de que era un desenlace que ya se imaginaba. Por fin se decidió a confesarme cual era el significado de todo aquello.

Según su relato, aquel símbolo, que no tiene verdadero significado ni por lo tanto traducción, forma parte de un extraño ritual que aunque se había practicado más comúnmente en la antigüedad, actualmente apenas se realiza, y solo en las aldeas más remotas donde se siguen manteniendo los ritos más ancestrales. Este ritual era algo muy excepcional que se practicaba para aplacar a los malos espíritus cuando se apreciaba que andaban rondando algún pueblo o región, lo cual se ponía de manifiesto cuando las

cosechas se echaban a perder, o enfermaba el ganado o había demasiados accidentes o desgracias.

Según la tradición china los malos espíritus son almas de gente que murió en pecado sin haber enmendado el mal que hicieron, es por eso que sus almas quedaban condenadas en este mundo hasta recobrar el equilibrio, y por eso tratan de llamar la atención, para que los vivos intercedan por ellos.

El símbolo que le tatuaron a mi amiga se dibujaba, en una ceremonia muy compleja, sobre el lomo de animales vivos, como terneros, ovejas o cerdos a los que luego se encerraba en una jaula alejada del pueblo. Al parecer este símbolo permitía a los malos espíritus poseer esos cuerpos vivos, y esa es una ocasión que casi nunca desaprovechan para poder hacer penitencia, aunque sea en forma de animal.

Nadie se acercaba al animal marcado durante cinco días, exactamente el mismo tiempo que duró la extraña enfermedad de mi amiga, y estaba prohibido darle de comer y de beber. La mayoría de las veces pasado este tiempo se hallaba al animal muerto, lo que significaba que el espíritu que lo había poseído había ido en paz al haber hecho penitencia. Si lo encontraban vivo, se podía optar por dejarlo más días o sacrificarlo, con lo que quizá el espíritu volviese a salir libre, pero más aplacado que antes. En todos los casos se acababa quemando y enterrando el cuerpo del animal para que nadie aprovechara ni su carne ni ninguna parte de su cuerpo.

Según oía esta historia iba sintiendo un vértigo sobrenatural que me dejó sin palabras ya punto de desfallecer. Pensar que alguien podía haber hecho ese extraño ritual con Natalia aún hoy me pone los pelos de punta. Es algo que de tan malvado y retorcido, creo que aún no he llegado a asimilar. De hecho nunca he querido creerme del todo esa leyenda, porque quizá prefiero considerarla una superstición, y que todo lo que pasó fue fruto de la casualidad porque quizá así pueda superarlo.

Y sin embargo aún sigo, todos los años, cuando llega la feria, acercándome a aquel oscuro callejón llevando conmigo una copia de ese maldito dibujo, por si vuelvo a ver a aquel desalmado que le hizo eso a mi amiga.